

XIX

Por aburrimiento.

La Sauvetiere era una pequeña posesión situada entre Aubignac y Combroude, que no podría pasar seguramente á los ojos de nadie como una reducci6n del paraíso.

Se compone de dos granjas, que dan una renta de uno tres mil francos próximamente; tiene plantaciones de encinas y de pinos en la parte más abrupta, y una casa cuadrada, construída como un fortín sobre la roca viva.

En una palabra, era una de aquellas viviendas con que nuestros nobles antepasados se contentaban y donde pasaban su vida.

Un zapatero, retirado después de haber hecho fortuna, en nuestros días no permanecería allí mucho tiempo.

Y quizás no le faltara razón.

El conjunto era de una melancolía mortal.

En el momento en que el joven conde de Caylus y el señor Pilet-Desbuttes salían del enorme comedor donde Marius Chabert acababa de servirles el almuerzo preparado por las expertas manos de Claudia, dos jóvenes de la misma edad, vestidas con sencillez, como las colegialas en vacaciones, con una falda de uniforme, negra, sujeta á la cintura con una cinta, se paseaban por el bosque de la Sauvetiere.

Una de ellas, Elena de Solmes, hija de un campesino, gentilhombre, viudo desde hacia muchos años, era delgada y débil y tenía el cabello de un rubio muy pálido, el rostro de una blancura enfermiza, hermosas facciones,

y sobre todo dos grandes ojos de un azul verde que parecían ocupar la mitad de su rostro.

Era imposible verla sin sentir en seguida por ella una gran simpatía.

Se paró junto á un árbol arrancado por los huracanes del invierno, y sentándose en él, hizo á su compañera que se sentara á su lado, y la dijo de repente:

—Pues bien, sí, le amo, ó por lo menos he creído amarle...

Y, bajando la voz:

—Y he cometido una falta irreparable.

—¡Tú!

Esta palabra fué una verdadera exclamación.

Exclamación que quería decir:

—No, no es posible... Mientes, ó por lo menos exageras... No es posible que hayas caído tan pronto, tan fácilmente, sin defenderte.

La que acababa de pronunciar estas palabras, á pesar del encanto de su compañera, era infinitamente mucho más seductora que ella.

Para decirlo de una vez: era adorable.

Respondía exactamente á la descripci6n que el señor Pilet acababa de hacer de la joven que se llamaba Aurora.

Y ella era, en efecto.

Allí estaba con sus magníficos cabellos, de color incierto, entre rubios y castaños, con sus sombríos ojos, suaves como el terciopelo, del color de un zafiro muy obscuro, húmedos y brillantes, dos diamantes casi negros en una concha de nácar, con su cutis de un color brillante, su bonita nariz, su boquita sonrosada, con su talle tan flexible como un junco, muy fuerte, sin embargo, y en toda la fuerza de

una juventud desarrollada al aire libre, sano y balsámico de las montañas de Auvernia.

—¡Tú, tú!—repetía con un tono en que se leía la extrañeza, la admiración y el reproche.

—¡Sí, yo!—repitió la otra, con las cejas fruncidas, con contraídos labios, descontenta de sí misma, pero irritada contra su destino.

De una manera furiosa exclamó:

—¡Ah! tú no sabes, no, tú no puedes saber lo que es vivir en una soledad como esta, en una casa donde no entra nadie más que mi excelente criada, tan fiel como un perro, pero medio sorda, muy poco inteligente; al lado de mi anciano padre, agrio, atormentado por mil dolores, entre los cuales los dolores físicos no son los más insoportables; rico en otro tiempo, hoy pobre, olvidado, sin amigos, no conservando de sus bienes malgastados, los unos después de los otros, más que esta tierra, que supongo gravada de deudas que no puede pagar; es una cosa terrible, amiga mía.

Por lo demás, tú ya conoces á mi padre. ¿Ha pronunciado hoy una sola palabra? ¿Comprendes tú el decaimiento dibujado en su pálido rostro, que no logra más que á fuerza de mil esfuerzos, disimular su ansiedad. Después del almuerzo ha salido sólo en su cabriolet. Ya no nos queda á nuestro servicio más que la anciana Mónica. El hortelano es quien cuida nuestro caballo, que no sé con qué le mantiene. No me puedo engañar, esta es la decadencia final. Así es, que el humor de mi padre se hace cada vez más sombrío. Antes solía tener un rato de buen humor. Su criado Bruno, lograba distraerle. Pero se ha tenido que marchar, quería quedarse á nuestro lado sin suel-

do... Mi padre no ha querido. Desde que se marchó la Sauvetiere, no es una casa, es un sepulcro. Se huele la muerte, la ruina, que es peor quizás, el malestar horrible, el fin de todo... tengo el presentimiento completo... ¡En mi desgracia no me queda más que una alegría, verte!

—¿Pero esa falta?...—preguntó Aurora.

La otra contestó:

—¿Te acuerdas que un día, hace pocas semanas, te estuve esperando en vano?

—Sí.

—Debias venir á pasar unos días á mi lado. No sé qué causa te impidió hacerlo. Creo que no tuviste un coche á tu disposición. No pudieron traerte por esta causa...

—En efecto.

—Pues bien, te quedaste en tu casa y al día siguiente recibí una carta tuya en la que te disculpabas.

Elena de Solmes añadió con tono feroz.

—El mal estaba hecho. El Sr. Danglas había venido en lugar tuyo; ya sabes, ese joven, juez de Reon, del cual hemos hablado tan á menudo...

—¿El hijo del presidente?

—Y el dueño del castillo de Corbay, que se distingue desde Ebreuil.

—¿Vuestras relaciones, datan de mucho tiempo?

—Empezaron en nuestro convento de Moulins. El Sr. Danglas iba muy á menudo á ver á su hermana, que estaba interna con nosotras...

—Una criatura muy desagradable por cierto.

—Es verdad... El era todo lo contrario... tan distinguido como ordinaria era ella, tan sonriente como ella era agria; tan cariñoso, tan cortés como ella era altiva. Poco á poco supo quien era yo y las relaciones de vecidad que podíamos tener... Yo no soy hermosa, no lo ignoro...

—No es verdad.

Elena de Solmes movió negativamente la cabeza.

—No, demasiado sé como soy. No me forjo ilusiones...

Era muy modesta.

Sin poseer la extraordinaria belleza de su amiga Elena, no estaba desprovista de seducción,

La belleza de sus soñadores ojos atraía; en ella todo era de una gran finura; su sonrisa tenía un no se qué, que conmovía; no podía de ningún modo pasar desapercibida.

La joven continuó:

—Por lo mismo que no era bonita, me emocionaron las atenciones del señor Danglas. Poco después se atrevió á escribirme y encontró un medio para hacer que las cartas llegasen á mi poder. Tuve la debilidad de recibirlas, y lo que es peor, de contestarlas... No me disculpo. Te cuento las cosas como son. Mi padre no quiere ver á nadie. Marcelo... se llama Marcelo...

—Ya lo sé.

—Marcelo no podía verme con libertad. Después de algunas tentativas de visita, acogidas por mi padre con gran frialdad, tuvo que renunciar á entrar por la puerta de la Sauvetière por los medios ordinarios. Desde

nuestra salida del convento, nuestras correspondencias eran más fáciles y más frecuentes. Nos bastaba con colocar nuestras cartas debajo de una viga, en el pequeño pabellón que tú conoces y que está en la linde del bosque, en la cima de la cuesta. Ya sabes lo arruinado que está... Somos muy pobres para arreglarlo. Yo iba á cogerlas paseándome, y Marcelo hacía otro tanto... No necesitaba más que dirigir una mirada para cerciorarme de que las cercanías del pabellón estaban desiertas... Es inútil decirte que sus cartas estaban llenas de promesas para el porvenir... Contaba con adelantar rápidamente en la carrera de la magistratura, como su padre... Ya tenía promesas... Le protegerían mucho... Por otra parte, la fortuna de su familia era muy importante, unos cuarenta mil francos de renta, que se repartirían entre dos hijos, él y su hermana... En una palabra, no era ambicioso, no tenía más deseos que vivir conmigo en una humilde posición... Ya puedes figurarte las cosas que nos diríamos.

—Continúa.

—Así es que el día en que te esperaba estaba muy intranquila. Me proponía decirte todo, consultarte, no ocultarte ni una sola palabra. Debías estar aquí á la hora de almorzar; yo misma había preparado nuestro pobre *menú*... Me alegraba de tu llegada... A mi desgraciado padre le gustan mucho tus visitas... Ellas solas gozan del privilegio de arrancarle á sus tristes meditaciones. Ya comprenderás cuánto sentimos lo que ocurrió. No pareció nadie en el camino de Aubignac... Fue preciso resignarse... Almorzamos lúgubrementemente los

dos solos, sin pronunciar palabra. Después del almuerzo, mi padre subió á la azotea y buscó en el horizonte. Después cuando ya hubo perdido toda esperanza, hizo enganchar el caballo y se dispuso á salir.

«—¿Dónde vas?—le pregunté.

»—Á Vichy.

»—¿No me llevas contigo?

»El movió la cabeza.

»—Tengo que arreglar algunos negocios en casa del notario...

»—¿De qué notario?

»—El señor Pilet.

»Yo no insistí.

»Desde hacía algún tiempo mi padre pronunciaba el nombre de este hombre con una especie de cólera impotente que yo no podía explicarme.

»El señor Pilet, según tengo entendido, es un hombre estimado de todo el mundo y goza de una confianza universal.

»Yo no sabía qué hacer aquella tarde.

»El placer que me hubiera proporcionado tu visita, me faltó. Eres mi única amiga y á ti solo he querido antes de conocer á Marcelo, porque á decir verdad, mi padre me ha inspirado siempre más respeto que afecto.

»Ya sabes cómo empezó nuestra amistad en Moulins: por una riña. Me dejé arrastrar por las demás compañeras, que á la menor discusión te atormentaban llamándote la bastarda, la sin padres, la sin familia. Yo tuve la desgracia de repetir esta injuria por una nada, y te vi de repente palidecer y empezar de pronto á llorar... Me eché en seguida en cara mi estúpida crueldad... Te cogí por el cuello y te

abrace delante de las otras, pidiéndote perdón. Desde entonces nuestra amistad no se ha desmentido. Si tuviese una hermana, la ternura que por ella tuviese no sería ni más viva, ni más sincera. ¡Ay, mi pobre Aurora, tenía necesidad de ti aquel día! Si te hubiese tenido á mi lado, me hubieras salvado, sin duda. Enferma, enervada, empecé á pasearme por el bosquecillo de detrás de la casa, y subí hasta el pabellón que nos servía de central de correos. El día estaba hermoso. Por la mañana había llovido con ese agua menudita que hace exclamar á los aldeanos: «llueve oro». Las montañas lejanas se cubrían con una bruma plateada y las primeras flores de la primavera embalsamaban el ambiente. ¿Por qué no estarías tú á mi lado? ¿Qué ratos de conversación tan agradables hubiéramos pasado á la sombra de aquellos pinos! Tu recuerdo, y te lo juro, ocupaba por completo mi pensamiento. Nuestra amistad me hacía olvidar mi amor, que no me ha inspirado nunca una confianza entera; vagos temores se mezclaban á las dulzuras, y me parecía que yo no estaba predestinada á las dulzuras de la existencia oscura, pero cierta, que me ofrecían, y que tanto me hubiese halagado.

»Llegué á la puerta á las tres, y allí me detuve para examinar el camino de Aubignac, que se extendía ante mis ojos en el fondo del valle, como ancha cinta de arena dorada por el sol.

»Esperaba ver á lo lejos el carrito con la yegua blanca en que sueles venir siempre. ¡Nueva decepción! ¡Nada! Entonces me volví hacia el kiosko y ahogué un grito de sorpresa.

»Un hombre estaba de pié apoyado en el dintel de la puerta medio rota.

»Era Marcelo Danglas.

»—Soy yo—dijo.—Venía á traeros una carta á todo escape... Os he visto desde lejos y os he esperado... Tengo muchas cosas que deciros...

»—¿Qué ocurre?... Me asustais.

»—Ocurre—me dijo suspirando—que á mi padre se le ha puesto en la cabeza casarme.

»—¿Con quién?

»—Con una joven que conocéis perfectamente por haber sido compañera vuestra de colegio...

»—¿Se llama?

»—Marta Virieux.

»Al oír este nombre debí ponerme muy pálida porque me preguntó, tratando de cogerme por la mano.

»—¿Qué teneis?

»Lo que tenía era fácil de comprender.

»Lo que tenía es que sentía el peligro que amenazaba á mi pobre amor. Conoces á Marta. No tiene ni talento ni belleza, pero su dote es considerable. Los Virieux, banqueros, ó mejor dicho, usureros de Moulins, poseen, según dicen, una fortuna de varios millones mal adquirida, pero que se aumenta con aterradora rapidez. Marta me había tomado aversión en el colegio y yo la devolvía su antipatía con creces. Para decir verdad, nos odiábamos mutuamente.

»A la pregunta de Marcelo contesté con amargura:

»—Marta es rica y yo soy pobre, la elección no es dudosa,

»Marcelo Danglas es ordinariamente frío yacompañado; existe en él algo del magistrado rígido en sus maneras y en su vestir. A pesar del amor que por él sentía, no me hacía ilusiones y le veía tal cual es en realidad. Pero tuvo un arranque de amor que no esperaba.

»—¡No me casaré con la señorita de Virieux, porque no la amo! Aunque tuviera una fortuna de príncipe, no me casaría. ¡Me casaré con vos, Elena, porque os amo!

»Y añadió:

»—Os lo prometo ante el Dios que nos ve.

»Yo murmuré:

»—No sé si creeros.

»Y me senté en una silla ocultando el rostro entre mis manos. Estaba bajo el peso de una emoción indecible. Aquella rivalidad, cuyo peligro media, me espantaba.

»Entonces Marcelo se puso de rodillas, me rodeó la cintura con sus brazos y me hizo mil protestas de amor, protestas sin fin, entre las cuales pronunciaba sin cesar estas palabras:

»—¡Te adoro... te adoro!

»—¿Qué quieres que te diga? ¡Ya no era dueña de mí misma! No era una embriaguez la que se apoderaba de mis sentidos, era un cansancio, un dolor. ¡Aunque hubiera querido resistir, no hubiese podido!... Me dejé arrastrar por mi destino. Me dije que un hombre no puede ser tan cobarde para violar juramentos que yo no le pedía. Además me hallaba en un momento de fiebre y de anonadamiento... El empleó toda su audacia... Un velo cubrió mis ojos... Me pareció que perdía el conocimiento.

»Cuando volví en mí, Marcelo seguía á mis pies.

»—Ahora—me dijo—me pertenecéis para siempre.

»Y con una dulzura que me llegaba al corazón, me repetía en un transporte quizás sincero en aquel momento.

»—Eres mía Elena, mía para toda la vida... Serás mi única amiga, mi mujer y nada podrá separarnos.

»No se separó de mi lado hasta las cinco. El sol desaparecía en el horizonte de nuestras montañas, bañándolas en un resplandor de incendio.

»Era un espectáculo fantástico.

»Marcelo extendió la mano hacia aquella irradiación y dijo con énfasis entusiasta.

»Hoy es día de fiesta, hay iluminaciones por nosotros.

»Me estrechó por última vez contra su corazón y se alejó.

»A unos quinientos pasos de nuestros bosques, entró en un bosquecillo de encinas muy poco frecuentado, desató su caballo que había estado allí oculto, montó, me envió el último beso y se alejó á galope en dirección de Riom.

Entonces fué cuando volvía á la sazón y me di el camino que había recorrido en tan pocos momentos.

»Estaba perdida.

»Por un momento de debilidad ó de locura estaba á la merced de aquel hombre que había llegado á ser mi amante.

»Ya de nadie podía esperar más que de él. Era su querida ó mejor dicho su esclava hasta tanto que el quisiese hacer de mi su mujer ó quedaba deshonrada por su abandono.

»—¿Y después?...—preguntó Aurora.—La señorita de Solmes bajó la cabeza.

»—Ha vuelto casi todos los días.

Y añadió con profundo desaliento:

—El mal estaba ya hecho... Nada podía negarle.

—¿Tu padre no sabrá nada?

—No. Estaba cada día más absorto en sus negocios. Sus ausencias son frecuentes, y la mayor parte de las veces me quedo sola en la Sauvetiere. Si supieses cuán triste está... Sólo tu presencia le anima.

De repente Elena se volvió hacia su amiga y la dijo, fijando sus húmedos ojos en los de la joven:

—Titubeaba en confiarte este secreto, porque sé que me estimas y ahora me vas á despreciar.

Aurora colocó sus dos manos sobre los hombros de Elena.

—No—dijo,—pero te compadezco. Y sin embargo, si ese hombre fuese sincero..

La señorita de Solmes no contestó.

Una voz chillona puso fin á aquellas confidencias.

Era la de la anciana sirvienta de la Sauvetiere.

—Niñas—decía,—está servida la comida; no sé dónde está el señor.

Desde las alturas de la poesía del amor, las dos jóvenes caían en la realidad de los mil detalles de la sencilla vida que se hacía en la Sauvetiere.

Sí, la comida... Era preciso pensar en ella.

La excelente Mónica, una anciana que rayaba en los sesenta y acusaba diez años más,

la anunciaba en voz muy alta, con ese vigor de sordo que tiende á romper el tímpano de los demás.

—Está bien, está bien—replicó con el mismo tono la señorita de Solmes.—Vaya, te seguimos.

Y antes llevó á su amiga hacia el pabellón del cual acababa de hablar.

Estaba tal y como se lo pueden figurar.

Es uno de esos kioskos que á la mayoría de los propietarios del campo les gusta construir á poco coste en algún rincón de su posesión.

El abuelo de Elena lo había construido unos cincuenta años antes, más bien para separarse un rato de su joven familia, leer y fumar y reflexionar con calma.

La lluvia, el viento, el hielo y el sol, habían producido sus efectos en aquella construcción sin consistencia.

El techo se había medio hundido. Los muros se habían agrietado y parecía quererse juntar los unos con los otros. Pedazos de papel colgaban por todas partes, y la mitad de los vidrios rotos daban al edificio el aspecto que tenían las casitas de las afueras de París después del sitio y de la Commune.

El corazón de Aurora se contrajo mientras que su amiga se dirigía hacia la viga protectora y sacaba una carta:

Aurora pensaba:

—Aquí es donde Elena ha cometido su falta. ¡Qué habitación para un día de boda!

El porvenir de su amiga se le aparecía lleno de amenazas.

Y como Elena rasgaba el sobre y recorría la carta con los ojos calenturientos, la preguntó:

—¿Qué te dice?

—Lee.

La carta no contenía más que estas líneas:

«Alma mía:

»Me llevan á París por unos quince días.

»Hubiera querido verte antes de marcharme; pero la marcha es tan rápida, que no me es permitida esta dicha.

»Me desespera esta separación.

»No me es posible vivir sin ti.

»Te adoro.

»MARCELO DANGLAS.»

Aurora devolvió la carta á su amiga, y en seguida se la llevó al exterior, diciéndola:

—Ven, pudieran oírnos.

Apenas se habían alejado algunos pasos del pabellón cuando un hombre salió del bosque y penetró á su vez en él.

Era bajo y de extremada delgadez.

Sus pómulos salientes, sus ojos grises, medio apagados, sus delgados labios, su piel de color de marfil viejo, atestiguaban largos sufrimientos y una salud minada por un mal incurable, por una desesperación secreta.

En aquel momento tenía una palidez cadavérica.

—Este es el último golpe—murmuró.—¡Elena deshonrada, culpable!

Aquel hombre era el señor de Solmes.

Cuando media hora después se hallaba en la Sauvetiere, había recobrado su acostumbrada calma.

Abrazó á las dos jóvenes con una ternura

paternal, y en el momento de sentarse á la mesa preguntó á su hija:

—¿No ha venido nadie?

Fijó en la joven sus ojos con tanta persistencia, que la infeliz enrojeció y balbució:

—Nadie.

—¡Ah!

—¿Quién queréis que venga á esta soledad?

—Algún vecino, algunos amigos.

Y añadió con afectada tranquilidad:

—Algún enamorado quizás.

—¡Oh!—exclamó Elena.—¡Somos tan pobres!...

Y repitió:

—No, nadie.

El señor de Solmes parecía muy tranquilo; pero bajo su espeso bigote, de un blanco de nieve, sus labios se agitaron nerviosamente.

Aurora se estremeció.

¿Tendría sospechas?

Pero al ver que la llenaba de obsequios y de caricias, olvidó en seguida aquella impresión repentina.

Algunos días después debía recordarla.

XX

Donde encontramos antiguos conocidos.

Habían trascurrido algunas semanas.

La primavera estaba en todo su esplendor:

Sobre las ocho de la noche, un hombre, joven aun, al cual no se le hubiesen supuesto más de treinta y dos ó treinta y tres años, aunque tenía cuarenta desde hacía dos meses, daba la última mano á su *toilette*.

Con la corbata blanca, con la barba fina cuidadosamente peinada, corto el cabello, blanquísimos dientes, altiva frente, vigoroso y de una salud envidiable, se miraba á un espejo con cierta complacencia.

Era en realidad muy hermoso.

Esta escena ocurría en un pequeño hotel de la Avenida del Bosque de Bolonia, en la acera de la derecha, según se sube hacia el arco de l'Etoile.

Este hotel está tan solamente separado por un muro del de las señoritas Duprat.

Estaba entonces ocupado por un inquilino que gastaba gran tren, y que hacía cierto ruido entre la gente del boulevard en el Todo-París, donde gozaba de una reputación excelente.

Era el barón Máximo Saint-Aubin-Deschaumes.

Sus amigos le llamaban Saint-Aubin á secas.

Las mujeres, el barón Máximo.

Desde el café Riche, que no estaba aun transformado vergonzosamente en cervecería, hasta el hipódromo de Longchamps, el barón Máximo y su cara era tan conocido como la ruda.

Buen jinete, magnífico tirador, *gentlement*, asiduo asistente al tiro de pichón, *gentleman-rider*, buen bebedor y gastrónomo distinguido, el amo del amigo de Jaime Fugeret, Jesús Piriac, había logrado su objeto y satisfecho sus aspiraciones.

Era alguien y ocupaba un puesto envidiado en sociedad.

Los negocios habían prosperado indudablemente.